

Marina López, *El vuelo del espíritu. Hannah Arendt y la génesis de la modernidad*, 2016, Morelia, IIH-UMSNH, 443 pp.

RECEPCIÓN: 7 de mayo de 2018.

APROBACIÓN: 18 de enero de 2019.

DOI: 10.5347/01856383.0128.000292944

El libro de Marina López, *El vuelo del espíritu. Hannah Arendt y la génesis de la modernidad*, tiene como objetivo clarificar el sentido y uso del concepto de modernidad en el pensamiento de la autora de obras tan importantes para comprender el mundo del siglo XX como *El origen del totalitarismo* y *La condición humana*.

La investigación lleva la impronta de aquella incomodidad que acompañó la reflexión de Arendt en el sentido de que no se sentía del todo como perteneciente al mundo de la filosofía (¡del que tampoco, sin embargo, se despide nunca!) y escoge moverse en el oficio del pensamiento bordeando fronteras de diversas disciplinas sociales, particularmente de la historia. Este situs de fronteras, pero desde la filosofía, permite perspectivas sobre las cosas que la ubicación en dominios profesionales ya bien establecidos y delimitados tiende a ocultar por el propio peso de la tradición, tal como paradójicamente le ha venido en suerte a conceptos que alcanzaron el grado de categorías como totalitarismo, espacio público y espacio privado, banalidad del mal, condición humana, vita activa, etcétera.

Volver a las fronteras de las disciplinas conlleva el reto del enorme esfuerzo que habrá de hacer para mostrar efectivamente que la investigación se ocupa de las cosas mismas y no de problemas falsos o ficticios, además de la lucha que se da por supuesta contra los prejuicios y del rechazo de los dominios sobre los cuales se bordea. Enfrentar decididamente el reto de ser una indagación de fronteras es el primero de los méritos de esta obra. Su recepción entre los lectores y los estudiosos de la filosofía, de la historia, de la sociología, de la ciencia política, de la geografía, etc., habrá de ponderar el alcance y los logros de este esfuerzo.

Sobre este mérito se levanta otro: la hipótesis de que un complejo concepto de modernidad, alternativo a los conceptos ya tópicos en los dominios disciplinares del siglo XIX y XX, subyace y alimenta los conceptos más visibles de una filosofía política que investiga sobre los totalitarismos y el problema del mal. Pero ese concepto de modernidad ni es explícito ni ocupa un lugar clave en la arquitectónica de la obra de una vida. Por eso el trabajo consiste en buscarlo, en construirlo y en mostrar cómo se articula de modo fundamental con las caras más visibles de la modernidad totalitaria contemporánea.

Si Arendt dice que la modernidad emergió de tres fenómenos a los que califica de premodernos —el descubrimiento de América, la Reforma protestante y la invención del telescopio por Galileo—, Marina López quiere estudiar las intersecciones entre ellos y los desarrollos que se les atribuye. Esclarecer la noción de modernidad y a partir de ahí construir un concepto que nos ayude a entender el mundo, tal es el objetivo.

A partir de aquí, el libro se estructura en cuatro capítulos desiguales cuantitativa y cualitativamente. “En los tres primeros hay una exposición y problematización de los argumentos principales de H. Arendt en torno al origen de la modernidad y sus conexiones con la formación de la mentalidad totalitaria. El cuarto, que es el resultado de la indagación [...], presenta el esbozo de un contexto de la modernidad que contiene los orígenes de los que parte la autora; pero con el sesgo de carácter histórico que evidencia las ausencias en torno a la modernidad que ella conceptualiza” (22). A estos capítulos les precede un estudio sobre el origen de la modernidad en Arendt. La investigación se cierra con una breve conclusión que en realidad acaba por abrir un amplio horizonte: “la modernidad no es una etapa de la historia en que el dominio de la razón calculadora e instrumental sea total. Porque su origen no fue ese sino el de la ampliación del espacio del mundo, del mismo modo que del conocimiento y de las formas de relación, organización y conceptualización de la compleja realidad en que nos movemos los seres humanos” (426).

En la modernidad, según las líneas de comprensión abiertas por Arendt, la humanidad entró por el camino de una alienación muy específica, especialmente en tres esferas: en relación con la Tierra, el mundo y el propio ser humano. A la conocida alienación social de raíces económicas de la tradición que remonta a Marx, se le pone como fundamento una triple alienación en la que aquella encuentra sus condiciones de posibilidad. El capítulo 1 se ocupa de este asunto, es decir, de la modificación radical en la que entran la ciencia, la sociedad y la subjetividad en la época moderna: “La triple alienación mo-

derna se gestó en tres acontecimientos singulares de esta etapa de la historia: el descubrimiento de América, la Reforma y el telescopio de Galileo. Pero fue el impacto del significado del telescopio lo que influyó, en mayor grado que los otros dos, pues representó la base fáctica y comprobable de la validez lógica y ontológica de las categorías cartesianas cuyo centro es el yo autónomo desprendido de la sensibilidad. La Reforma es utilizada [...] como una forma de explicación de la separación del ser humano del mundo, de su entorno espacial y de su sentido de pertenencia a algo con significado. La alienación que la Reforma representa se concretizó en la separación del individuo de su comunidad y se agudizó en los procesos de secularización que no significaron el esperado regreso del ser humano al mundo sino su huida” (23).

Mientras que el impacto de la Reforma y el del papel del telescopio en la autocomprensión de la modernidad parecen suficientemente tratados, López encuentra que no sucede lo mismo con el gran acontecimiento que es el descubrimiento de América: no parece suficientemente explorado en sus relaciones con los dos anteriores y, sobre todo, en la configuración y constitución de la época moderna. “Hay intentos de exposición donde parece que H. Arendt entrelaza la separación del espacio de la tierra, que representó el desplazamiento de los navegadores y exploradores del siglo XV, con los posteriores descubrimientos científicos de Galileo y los científicos del siglo XVII; pero el seguimiento del significado de uno en relación con el otro es sumamente complicado si no es que incluso imposible” (23).

Una vez que se explora de manera suficiente el carácter alienado de la modernidad en esas tres esferas, el lector se encuentra con dos capítulos que no ve a las primeras cómo y en qué sentido son conceptualmente continuación del primero y, sobre todo, en qué sentido su contenido abona a la comprensión de las intersecciones entre descubrimiento de América, Reforma y aparición del telescopio como condiciones de la constitución de la época moderna. Efectivamente, el capítulo 2 se titula “El descubrimiento del totalitarismo”, mientras que el tercero se llama “La mentalidad totalitaria”. Pero es precisamente en este tránsito del capítulo primero a los dos siguientes donde la investigación quiere proponer una clave lectura sobre al obra de Arendt, pasada por alto en los estudios sobre la filósofa y su pensamiento: “mostrar que las características de la triple alienación que la autora adjudica a la modernidad se corresponden con la forma de comportamiento de los agentes nazis durante la Segunda Guerra Mundial y el exterminio de la judería europea” (25). De modo que estos dos capítulos “están dedicados a describir la manera en que llegó a la

formulación del totalitarismo como una forma enteramente nueva de gobierno en cuyo interior aparecieron seres humanos capaces de hacer el mal sin objetivos ulteriores. Ese fue el caso [...] de los agentes nazis y de toda la maquinaria de exterminio en cuyo modo de operar se reflejaba la capacidad de aniquilación de la interioridad, sin la necesidad del exterminio físico, de los internos en los campos de concentración y, al mismo tiempo, de los agentes que se dedicaban a la matanza en masas” (24).

Mostrar que la tesis de que hay una relación intrínseca entre la triple alienación y el totalitarismo que exige la aclaración del sentido y uso del concepto de modernidad, abre un horizonte que pone la investigación más allá de la mera clarificación conceptual en el corpus filosófico de Arendt y abre el propositivo capítulo 4, titulado “El contexto de la modernidad”, en el que el problema del descubrimiento de América tiene el protagonismo que en el primer capítulo no tuvo. Para mostrar esa conexión ha sido necesario entrar en la ligazón interna de la argumentación de la pensadora; pero, sobre todo, “ha sido necesario apreciar las fuentes de las que se nutrió” (26), “indagar y exponer los presupuestos historiográficos de H. Arendt” (28). La apuesta consiste en que se pueden encontrar pistas para entender de mejor manera la conexión en el pensamiento de Arendt entre totalitarismos y modernidad mediante una vuelta a las fuentes de las que ella se alimentó.

Una postura como la que describe el siguiente párrafo, que parece decantarse más hacia la historia que hacia la filosofía en los prejuicios que alimentan el pensamiento, dan muestra de las dificultades inherentes a todo estudio de fronteras. “El recorrido intelectual de H. Arendt, sus descubrimientos, sus propuestas y la riqueza de las soluciones al problema de la modernidad no pueden seguir estudiándose exclusivamente desde la coherencia de su pensamiento. Menos aún desde un contexto geográfico y cultural que le era ajeno y desconocido. Los estudios de las últimas décadas del siglo XX sobre el origen de la ciencia moderna, y algunas de las aportaciones más recientes acerca del significado e importancia del descubrimiento de América para el avance de las ciencias antes y durante el siglo XVI, ofrecen alternativas de aproximación al estudio de la historia de la ciencia y de la modernidad. Unas alternativas que se insertan en el contexto del Renacimiento como un fenómeno europeo cuya formación obedeció a los ambientes que caracterizaron las diversas regiones de Europa” (27). Tal parece, entonces, que las verdaderas claves de lectura de una filosofía o de un acontecimiento presente se encontraran más en sus orígenes históricos, en la situación vital de la que emergieron, que en

la formulación conceptual como se conserva en una obra sistemática. La crítica al historicismo —por ejemplo de Heidegger, Gadamer o Ricoeur— ha mostrado, sin embargo, hasta qué punto esta lectura tiene sus limitaciones al perder de vista la dimensión ontológica del tiempo, su condensación de sentido en el presente, mucho más rica y abierta para explicar el sentido de la historia que el enlace causal de acontecimientos, aun cuando sus explicaciones estén finamente construidas.

En la misma senda de Arendt, Marina López propone que una comprensión más acabada de lo que sea eso que llamamos modernidad, con sus luces y sombras, gana mucho si se permite la entrada en escena de elementos, factores, autores, hechos e ideas que suelen quedar normalmente al margen o fuera del asunto. En este sentido, la intención es colocarse más allá de los presupuestos historiográficos exhibidos para que, desde la filosofía, nuestro tiempo encuentre alternativas en la lectura de su pasado inmediato que le permitan mostrar perspectivas y aristas de la realidad que por su obviedad no se ven pero hacen que lo que se ve lo haga de tal o cual manera. “La principal provocación para continuar con la investigación es el alcance del descubrimiento de América para abrir el debate en torno al significado de la modernidad en sus orígenes. Un significado ya no circunscrito a la concepción de la modernidad posterior a los padres fundadores, Descartes y Galileo, sino abierto a discusión e inclusión de elementos que tradicionalmente no aparecen en el conjunto de consideraciones mínimas para explicar un concepto, un momento de la historia de Occidente, una manera de referirse a lo más actual de las sociedades, de la moda, de la política, de la música, como el adjetivo moderno” (28).

Porque aún somos demasiado modernos y porque hay ya unas líneas de lectura y relectura sobre la esencia de la modernidad, es de congratularse con estudios como este que exploran lo mismo desde perspectivas novedosas y provocadoras para continuar y profundizar en el debate sobre lo que somos como individuos, como sociedades, como pueblos y culturas.

JOSÉ ALFONSO VILLA SÁNCHEZ
Instituto de Investigaciones Filosóficas
Universidad Michoacana de San Nicolás de Hidalgo